

LA DISUASIÓN CON MEDIOS NUCLEARES: PIERRE M. GALLOIS

Por DOMINGO GALDÓN DOMENECH

Introducción

La personalidad del general de brigada, en situación de retirado, del Ejército del Aire francés, Pierre M. Gallois, es tan completa que su presentación adecuada exige su disección en los diferentes planos que la integran.

En primer lugar, aparece el soldado. Gallois sirve como teniente en una escuadrilla sahariana, con base en Colomb-Bechar, durante la campaña que habría de instaurar el protectorado galo sobre una buena parte del actual Marruecos, a la vez que afianzaba la presencia francesa en Argelia. En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, formó parte de las tripulaciones de los grandes aviones de bombardeo ingleses que desarrollaron la ofensiva aérea estratégica contra el III Reich. Su papel de protagonista en la guerra no es extraño que le induzca a la búsqueda de soluciones realistas, alejadas de las utopías, que traten de impedir conflictos bélicos futuros.

El segundo aspecto de su personalidad radica en el profundo conocimiento de las armas y de las tecnologías modernas para fabricarlas. Destinado en el gabinete del jefe del Estado Mayor del Aire, gracias a su especialización en planes de fabricación de armamento aéreo, formuló el plan quinquenal de construcciones aeronáuticas, aprobado por el Parlamento en el año 1950. Intervino, también, en la preparación de los planes europeos de integración de estudios y fabricación de armamento y participó en las conversaciones interaliadas sobre la utilización de la ayuda norteamericana a Europa

Occidental. Posteriormente, fue destinado al gabinete del ministro de Defensa Nacional, lo que marca su ascenso al nivel más alto de la planificación militar, siempre en calidad de experto en cuestiones aeronáuticas. Por tales conocimientos fue agregado al Cuartel General del Mando Superior de las Fuerzas Aliadas en Europa (SHAPE), en el que estudió un programa de avión de ataque, de despegue corto, que dio origen a una nueva generación de aviones de combate.

En su calidad de oficial de Estado Mayor —tercera faceta de su personalidad—, sirvió en la quinta región aérea (Argelia) y, como se ha dicho, en el SHAPE, en donde formó parte de un equipo de estudios estratégicos dedicados a los análisis de los nuevos planteamientos surgidos como consecuencia de la aparición de las armas de destrucción masiva. Dedicado Gallois a la planificación supranacional, se producen dos hechos que habrán de tener una enorme trascendencia en su visión de la estrategia nuclear total y del papel que, dentro de ella, cabe representar a las potencias medias: nos referimos a su gran amistad con el general Norstad, a la sazón jefe de las fuerzas aliadas en Europa, y a sus obligados contactos con los mandos militares más elevados de Estados Unidos y de los países europeos miembros de la OTAN.

Profesor en la Escuela Superior de Guerra Aérea, del Centro de Enseñanza Superior de los Ejércitos, del de Altos Estudios Militares y del Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional, ha tenido numerosas ocasiones de contrastar sus opiniones sobre el «hecho nuclear» y sus repercusiones sobre la política y la estrategia, con los oficiales y con las personalidades civiles francesas de mayor categoría intelectual.

Una formación tan amplia y la oportunidad de exponer al general De Gaulle los frutos de ésta y de su experiencia en las organizaciones internacionales, contribuyeron de forma decisiva a la adopción por Francia de su política militar actual que, como es sabido, se fundamenta en la «fuerza de disuasión estratégica». La frecuencia con que su consejo ha sido solicitado por las más altas autoridades del Estado, puede medir el valor en que se tiene su criterio en los más elevados escalones políticos del país vecino.

El deseo de servir en primer lugar a Francia y después a Europa, le ha llevado a un continuado esfuerzo de divulgación de sus teorías en las que brilla una lógica cartesiana reforzada por la pasión. Su convencimiento de la necesidad de una actuación enérgica sobre la realidad político-estratégica del Mundo, basado en un profundo conocimiento de la misma y en una no menos profunda reflexión, han dado nacimiento a esa pasión. Es autor de

publicaciones tales como: *Paradojas de la paz*, *La estrategia de la era nuclear*, *Europa cambia de dueño*, *El desafío a Europa* y *La Alianza Atlántica*.

Es un profundo observador de las contradicciones fácilmente observables que se dan dentro de las relaciones entre Estados y que tienen su origen en la aparición de las armas nucleares y en su repercusión sobre la política internacional.

En un primer vistazo sobre el panorama mundial advirtió la existencia de dos grandes bloques de naciones sobre las que ejercía una clara hegemonía cada una de las dos potencias nucleares mayores. Aunque cada una de estas potencias afirmaba proteger a las naciones que integraban tales bloques, éstas no podían confiar en una garantía que, de ejercerse, llevaría a la más completa destrucción a la potencia protectora. Clara es la consecuencia: grupos enteros de Estados caen bajo el dominio de otros Estados y se les niega la posibilidad de defenderse eficazmente.

Por otra parte, no es menos paradójico que, a la vez que se afirma la igualdad de derechos de todas las naciones, y entre ellos de una forma especial el de su propia defensa, se constituyan mecanismos internacionales de vigilancia que tratan de impedir la aplicación militar de la energía nuclear, que por este sistema queda reservada fundamentalmente al monopolio ejercido por las dos potencias rectoras de ambos bloques. Se firman tratados, acuerdos o convenios que obligan al empleo de la fuerza en determinadas condiciones, cuando en realidad se tiene terror de emplear esta última *ratio gentium*. Por esas razones de falta de garantía para los débiles no puede creerse en las alianzas militares.

Así, a lo largo de la obra del general Gallois, desfilan las contradicciones del Mundo actual, se explican sus causas, y se demuestran, con profusión de referencias a textos y declaraciones de personalidades de gran relieve, las verdaderas intenciones políticas que han debido adaptarse a los progresos de las técnicas de armamento. Éstas han impuesto una modificación completa de la estrategia y de los factores que en otro tiempo sirvieron para medir la fuerza militar de las naciones. Puede decirse que Clausewitz, Mahan o Seversky, con sus principios militares, han pasado a los principios de la historia. Las naciones que hoy pueden desarrollar una política mundial saben en qué medida podría ésta ser obstaculizada por la aparición de nuevas potencias nucleares, y por ello intentan evitar su expansión. Nuevos principios informan la nueva estrategia: el poder igualatorio del átomo militar entre naciones, la contracción del espacio y del tiempo, la modificación completa del tipo de recursos que hacían militarmente fuertes a los países...

Las naciones que tratan de impedir la proliferación nuclear han acudido a toda clase de procedimientos para lograrlo: figura en primer lugar, el intento de confundir a las sociedades cuyos Estados no poseen fuerzas nucleares. Se dice que Rusia invirtió más dinero que el que costó a Estados Unidos el plan Marshall, para crear —cuando aquélla no era potencia atómica— un prejuicio en el mundo occidental, contrario, por razones éticas, al uso de las nuevas armas. Ambas naciones han desarrollado una activa propaganda para demostrar que el coste de las armas nucleares no estaba al alcance de las medianas potencias, cuando la realidad es completamente distinta.

El que una nación pretenda actualmente asegurar la defensa de su territorio, sus instituciones, su civilización y cultura, sin disponer de un armamento nuclear, supone vivir tan fuera de la realidad como si hubiera pretendido mantener su soberanía durante la primera mitad de nuestro siglo con arcos, flechas y lanzas. Pero, además, si no realiza su propia investigación nuclear sobre los sectores en que se apoyan los vectores, tales como propulsión atómica, aeronáutica, electrónica e informática, principalmente; si no estimula el desarrollo industrial en estas mismas ramas, el porvenir de su desarrollo económico se verá limitado por la saturación de los mercados de aquellos productos típicos de la primera revolución industrial.

Como dice el general Gallois, se aspira a la hegemonía mundial por el monopolio del saber y la creatividad del adelanto técnico. De esta forma se produce la colonización por la investigación a la que sucede el dominio de la producción de los bienes de la segunda revolución industrial, fenómenos que no tienen por qué darse en forma sucesiva ya que, frecuentemente, ambos tienen lugar simultáneamente.

A deshacer todo ese confusionismo creado y estimulado en nuestras sociedades por los países poseedores del arma nuclear se dirige una buena parte de la obra de Gallois. Para tratar de comprender el fenómeno de la disuasión nuclear que ha dado origen a todo un nuevo concepto de la estrategia, se resumen a continuación las ideas fundamentales del paradigma de estrategia nuclear concebido y elaborado por Pierre M. Gallois. Modelo que partiendo del análisis del hecho técnico nuclear y aplicando el principio de causalidad deduce unos efectos inmediatos en el campo militar. Estos efectos son a su vez causa de consecuencias de carácter estratégico y político en la Defensa Nacional de los Estados.

Consecuencias derivadas del estudio técnico del hecho nuclear

El arma nuclear está constituida esencialmente por dos componentes: el explosivo y el vehículo portador, conocido también este último como vector.

La combinación de estos dos elementos, que conforman el arma propiamente dicha, proporcionan al conjunto una gran compacidad. Explosivo, vector y compacidad serán los elementos que sirvan para el análisis del sistema de armas nuclear.

Consecuencias del explosivo nuclear

El explosivo nuclear tiene dos características esenciales: su poder de destrucción por unidad de fuego y el volumen ocupado por esta unidad de fuego.

La capacidad de destrucción por unidad de fuego puede agruparse en dos áreas según el radio de acción de la destrucción, que puede oscilar desde radios de acción de decenas de kilómetros hasta unos radios muy próximos a los de las armas clásicas más potentes.

EXPLOSIVOS CON GRAN RADIO DE DESTRUCCIÓN

Para medir el poder destructivo de un sistema de armas se multiplica el poder de destrucción por unidad de fuego por el número de vectores disponible. En la fórmula clásica, el primer factor, potencia por unidad de fuego, era muy bajo comparado con el segundo, el número de vectores. Pero con el explosivo nuclear la importancia de los factores se invierte, es decir, la fórmula clásica se conmuta y se puede obtener la misma capacidad de destrucción con muy pocos vectores que tienen un gran poder de destrucción por unidad de fuego.

Esta transformación tan aparentemente sencilla de un dato militar, tiene unas enormes consecuencias que pasamos a enumerar:

- Irreversibilidad militar: el aumento casi desmedido del papel del explosivo y la enorme reducción del número de vectores transforma totalmente la doctrina militar, puesto que las Fuerzas Armadas han de concebirse, organizarse, adiestrarse, desplegarse y abastecerse para una hipótesis nuclear o clásica y no en ambas a la vez. Los factores de espacio y tiempo son diferentes en el sistema clásico y en el nuclear.
- Irreversibilidad industrial: el aparato de producción es totalmente diferente según se trate de armamento clásico o nuclear. En el primer caso, la industria pesada desempeña un papel esencial, ya que requiere gran cantidad de medios, de apoyo logístico y una industria potente. En la segunda hipótesis, todo cambia; un ambiente científico y económico

evolucionado basta a los pocos miles de físicos y técnicos necesarios para forjar el armamento nuclear. La industria de armamento se transforma ya que la parte del explosivo se hace predominante sobre la de vectores: equipo industrial, materias primas, calificación del personal, todo es diferente. Esto lleva a la monovalencia y a adaptar la industria para conservar los sistemas clásico y nuclear.

- Posibilidad de agresión sin movilización previa: si bastan unos pocos vectores para producir daños graves su operación no exigiría una movilización de tipo clásico. Esta facultad de poder pasar a la agresión sin movilización previa tiene dos consecuencias inmediatas: la búsqueda de la sorpresa por parte del atacante y la mayor posibilidad de sorprender a la defensa contraria cualquiera que sea su automatismo.
- Efecto de destrucción en masa: el radio de destrucción de una sola unidad de fuego nuclear es tan considerable que su poder de aniquilamiento sobrepasa las realizaciones de las mayores ciudades. Esta potencia del nuevo explosivo, utilizado contra ciudades o contra fuerzas con un despliegue clásico, tiene un efecto de destrucción en masa casi instantáneo. Como la agresión puede realizarse en un tiempo muy corto, prohíbe la adaptación de la defensa a los procedimientos y medios de ataque. Al reducir en el tiempo los plazos para realizar las destrucciones, no sólo se limita la acción de la defensa activa, sino que hace poco menos que vana la defensa pasiva. La vulnerabilidad de los bienes materiales del Estado es, pues, casi total.
- Vulnerabilidad de los bienes del Estado: los bienes cuasi fijos materiales de los Estados están reunidos en zonas geográficas bien determinadas, constituyendo un número relativamente limitado de objetivos. Así, los bienes del Estado son vulnerables a un número también relativamente reducido de armas nucleares. Este exceso de daños potenciales reduce su posibilidad de empleo ante el riesgo de desencadenar una represalia inmediata por parte del contrario. Del terror a la represalia surge el temor a ser el agresor. En consecuencia, las armas nucleares sólo sirven para defender lo vital. Pero hay más; ante las amenazas nucleares, todos los Estados son casi igualmente vulnerables, pues el explosivo y el vector neutralizan el factor espacio, uno de los datos más importantes de la estrategia clásica. Por tanto, cuando se ha reunido cierta cantidad de destrucción y los vectores correspondientes, la naturaleza del adversario importa poco. Otra consecuencia es la alteración en la relación riesgo-objetivo, puesto que al tender el riesgo a adquirir valores inmensos con el uso del potentísimo armamento nuclear, cambia de signo la relación con respecto al armamento clásico.

EXPLOSIVOS CON REDUCIDO RADIO DE DESTRUCCIÓN

Cuando el radio de destrucción de los explosivos nucleares es muy reducido, menor de un kilómetro, y muy próximo al de las mayores armas clásicas, hay mucha similitud entre el arma clásica y el arma nuclear, sobre todo después del descubrimiento de la bomba de neutrones, apresurándose mucha gente a ver en ellas un medio de conservar los sistemas tradicionales militares. La realidad es muy diferente porque las consecuencias políticas y estratégicas también son distintas para el armamento clásico y el nuclear. Las consecuencias más importantes de este tipo de explosivo son:

- Continuidad del espectro armamentista: a partir de ahora, hay continuidad entre la gama de las armas clásicas y la de las armas nucleares en lo que se refiere a poder de destrucción, existiendo la posibilidad de ascender gradualmente en la gama de los calibres de destrucción, escalando, sin solución de continuidad, desde los menores calibres clásicos hasta las armas termonucleares capaces de aniquilar una aglomeración urbana.
- Nueva dimensión de la relación riesgo-objetivo: antes de que existiesen las armas nucleares de baja potencia, el fenómeno de escalada parecía no existir. La continuidad que ahora parece establecerse entre los dos tipos de armamento podría facilitar la ascensión, haciendo menos presumible la disputa entre Estados nucleares ante el temor de subida a la cumbre de la destrucción, descendiendo, por tanto, el umbral disuasivo.

Consecuencias derivadas del vector

Las tres características más importantes del vector, o elemento portador de la carga explosiva, son el alcance, la velocidad y la precisión. De su estudio se deducen una serie de consecuencias que se exponen en los apartados siguientes.

ALCANCE DEL VECTOR

Con los ingenios balísticos de gran alcance lanzados desde tierra, aviones, submarinos y satélites, los entes políticos con personalidad estratégica, gracias a la compacidad del vector nuclear que les permite ganar autonomía, flexibilidad de empleo e invulnerabilidad antes del mismo, pueden mantener bajo la amenaza nuclear cualquier punto del globo. Esto lleva consigo las siguientes consecuencias:

- Independencia geográfica de la amenaza y del objetivo: a partir de un punto cualquiera del globo, un Estado con un arsenal suficiente puede herir de muerte cualquier zona de la superficie terrestre.

- Neutralización de los obstáculos físicos: la trayectoria del ingenio balístico de gran alcance culmina a gran altura. La distancia de aplicación de las armas nucleares unida a la naturaleza de la trayectoria utilizada, condena el valor estratégico de las posiciones geográficas privilegiadas.
- Independencia de la meteorología: en su trayectoria, el misil balístico escapa de la zona atmosférica, resultado indiferente a las variaciones del tiempo. El átomo y el misil nivelan las diferencias climatológicas, del mismo modo que han reducido las distancias e igualado los estados.

VELOCIDAD DEL VECTOR

Antes de la entrada en la atmósfera, el vector alcanza velocidades superiores a 20 veces la velocidad del sonido, por término medio, la velocidad, contada sobre la superficie del globo, es de unos 15.000 km/hora. Las consecuencias que se obtienen son:

- Contracción de las distancias: es la primera consecuencia de esta elevada velocidad. Entre el lugar de disparo y el objetivo, los plazos de transporte quedan brutalmente reducidos y, por consiguiente, casi desaparecen las distancias.
- Reducción del tiempo de reacción: el tiempo de reacción ante tal tipo de amenaza queda reducido tan drásticamente que limita la eficacia de la defensa a valores mínimos. La defensa contramisil reduce este peligro, pero las ventajas siempre estarán de parte del atacante.

PRECISIÓN DEL VECTOR

El misil balístico ha llegado a ser un arma muy precisa; para alcances de unos 10.000 km, el desvío probable está alrededor de los 100 m. Las consecuencias estratégicas son:

- Elevación del poder destructivo: el grado de precisión confirma la gran vulnerabilidad de los Estados a muy pocos vectores y, por tanto, un desarme nuclear es muy difícil de controlar, al contrario de lo que ocurría con el desarme clásico. Por ello, las negociaciones para el desarme no tienen más objetivo que reforzar el monopolio de los sujetos estratégicos que ya poseen estas armas.
- Nivelación de los Estados: pocos vectores con poder de destrucción adecuado y una gran precisión producen una cierta nivelación entre los entes políticos más poderosos y los más débiles en el aspecto geográfico-demográfico, así como en los potenciales ofensivos.

- Limitación de gastos: conjugada la precisión con el alcance y ambos con el poder destructivo, se reducen los gastos de obtención de una fuerza nuclear de disuasión bastante potente para ser respetada, puesto que con pocos medios se pueden obtener grandes efectos.
- Vulnerabilidad de los bienes del Estado: aglomeraciones, bases aéreas y navales, nudos de comunicaciones, puestos de mando y de decisión de Estado, centros de control y de comunicaciones, departamentos de investigación e industrias son muy vulnerables, pues la precisión de los vectores permite aún más las cargas explosivas. Esto obliga a establecer una defensa pasiva y una defensa indirecta del territorio nacional por medio de la amenaza que supone un poder de represalia en movimiento casi permanente fuera del territorio nacional.

Consecuencias derivadas de la compacidad de la unidad de fuego

Nunca hasta el advenimiento del arma nuclear, tal capacidad de destrucción había podido ser encerrada en un volumen tan reducido y con un peso tan limitado. El explosivo y el vector forman una unidad de fuego totalmente compacta cuyas consecuencias son determinantes:

- Abandono de la iniciativa: la casi invulnerabilidad de las fuerzas decisivas nucleares, unida a la extremada vulnerabilidad de los bienes del Estado, tiene como consecuencia inmediata el que tomar la iniciativa de atacar a otra potencia nuclear ha llegado a ser imposible, porque significaría, a su vez, aniquilar lo que se desea y justificar una represalia análoga por parte del contrario, lo que obliga a establecer un *statu quo* entre ellas.
- Inversión de los fines tradicionales de la guerra: con los armamentos clásicos se consideraba la guerra como una continuación de la política con otros medios, pero con el advenimiento del armamento nuclear se ha vuelto absurda esa consideración, porque la guerra nuclear es demasiado terrorífica para que se la considere un acto político. El armamento nuclear es para hacer política y estrategia indirecta.

Conclusión parcial del estudio técnico del hecho nuclear

Partiendo de un hecho evidente, el explosivo y el vector nuclear, y de sus características —poder destructor y compacidad de la unidad de fuego; alcance, velocidad y precisión del vector—, se han obtenido una serie de consecuencias que resumidas son:

- Irreversibilidad militar e industrial.
- Sorpresa técnica y táctica.

- Limitaciones para la defensa activa.
- Inadaptación defensiva al tipo de ataque.
- Valor positivo elevado en la relación riesgo-objetivo.
- Exceso de cantidad de terror admisible.
- Igual vulnerabilidad para todos.
- Igualdad relativa entre los Estados.
- Igualdad relativa de potenciales ofensivos.
- Imposibilidad de tomar la iniciativa en la agresión.
- Inversión de las finalidades de la guerra.
- Neutralización de la geoestrategia tradicional.
- Amenaza igual para todos.
- Limitación de la defensa activa.
- Explotación política del miedo.
- Vulnerabilidad de los bienes del Estado.

Todas estas consecuencias derivadas del hecho técnico nuclear, tienen unos resultados de orden militar, estratégico y político que se resumen a continuación.

Resultados de orden militar

Cada una de las consecuencias deducidas del hecho técnico nuclear o de la agrupación de dos o más de ellas, tiene una respuesta militar. Las que a continuación se exponen son las más importantes únicamente porque, como en el caso anterior, interesa más dejar constancia de la metodología del estudio del fenómeno nuclear realizado por Gallois que un trabajo exhaustivo del mismo.

Monovalencia de los sistemas de armas

El primer resultado de orden militar que se obtiene de aquel conjunto de consecuencias es la monovalencia de cada uno de los sistemas militares, clásico y nuclear, cuyas diferencias se ponen de manifiesto en:

- El poder de destrucción por unidad de fuego.
- El número de vectores y efectivos necesarios.
- La concentración para uno, la dispersión para otro.
- La masa humana y material que cada uno mueve.
- Las diferencias de tiempo para producir desgaste.
- La movilización, intensa en uno y casi nula en otro.
- Grandes diferencias en el apoyo logístico.
- Los objetivos a destruir y las finalidades perseguidas.
- Los principios que los rigen.

La monovalencia de los sistemas de armas nucleares y clásicos justifica la creación y sostenimiento de una fuerza nuclear y de un cuerpo armado clásico, limitado en su volumen, pero siempre disponible.

Riesgo desmedido

Las posibilidades de agresión sin previo aviso, la destrucción en masa casi instantánea y la vulnerabilidad de la riqueza de los Estados a la explosión de un número muy limitado de ojivas nucleares, se combinan para llegar a esta noción de riesgo desmedido evidente para cualquier ente político nuclear que pensara agredir a otro con las armas en la mano.

La guerra, de esta forma, ya no implicaría la destrucción de las Fuerzas Armadas enemigas para ocupar un territorio o apoderarse de sus recursos, sino la pérdida de las riquezas materiales y demográficas. No parece que exista, excepto para la defensa de lo vital, ningún otro objetivo militar capaz de equilibrar de forma coherente semejante riesgo. Es tan positiva la relación riesgo-objetivo que el recurso a la fuerza sería un acto desprovisto de racionalidad.

Escalada

Hemos visto que la puesta a punto de armas nucleares de potencia baja y media había suprimido la discontinuidad que existía entre el armamento clásico y el nuclear. Esta realización técnica es el origen de la escalada.

En un momento dado de un enfrentamiento armado importante podría suceder que, a modo de espadachines, los dos contendientes fuesen ascendiendo por los peldaños de una escalera sin abandonar el combate, hasta llegar al último rellano que sería el exterminio, habiendo empleado en el trayecto toda la gama de armamentos disponibles, clásico y moderno.

Este tipo de conflicto puede no ser ni limitado ni localizado, ya que el nuevo explosivo, asociado al vector de largo alcance, tiene la facultad de llegar a cualquier punto del globo, transformando la guerra en total y global al mismo tiempo.

Permanencia del efecto disuasivo

La compacidad de las armas nucleares, gran poder de destrucción en poco peso y volumen, tiene como consecuencia la invulnerabilidad del conjunto portador-vector-explosivo, puesto que colocadas en movimiento continuo en los ambientes terrestre, marítimo y aeroespacial, las nuevas armas son

difíciles de localizar simultáneamente y aún más de destruir preventivamente para que no puedan ser instrumento de represalia.

Esta invulnerabilidad relativa elimina toda posibilidad de agresión contra un sujeto estratégico que proteja así su potencial de respuesta. Sólo una defensa activa completa modificaría este estado de hecho, pero no se ven perspectivas de que esto pueda lograrse. La seguridad, pues, reside en la permanencia del efecto disuasivo, y éste es función del estado de invulnerabilidad en el que se mantiene el poder de represalia unido al desmedido riesgo de empleo del arma nuclear.

Irracionalidad de la guerra nuclear

Se ha visto que la compacidad de las armas nucleares podía hacerlas casi invulnerables; en cambio, los bienes materiales están a merced de un número relativamente pequeño de proyectiles nucleares. Esta situación llega a una inversión de los fines tradicionales de la guerra.

Mientras era posible que destruyendo parte de las Fuerzas Armadas enemigas y minimizando las pérdidas propias, el agresor mantuviera la esperanza de apoderarse de todos o parte de los bienes del contrario, la guerra podía considerarse racional y era la continuación de la política por otros medios. La derrota del enemigo, o sea, la destrucción de sus Fuerzas Armadas, era el objetivo capital de la guerra para obtener beneficios políticos, económicos y militares.

Pero en cambio, si sólo se pueden destruir los bienes apetecidos, quedando inmunes las fuerzas decisivas del adversario de las que se pueden sufrir los efectos de represalia sobre los propios bienes, la guerra nuclear se vuelve totalmente irracional y sólo cabría acudir a ella para la defensa de lo vital. La guerra nuclear ya no es la continuación de la política por otros medios, ya que el acto de esta guerra es el polo opuesto de toda racionalidad militar.

Nuevos criterios de defensa militar

Partiendo de las cuatro características más importantes de los vectores, alcance, velocidad, precisión y compacidad, se había llegado a deducir que:

- La geoestrategia tradicional ya no puede considerarse.
- Todos los Estados son igual de vulnerables.
- Equilibrio del terror en vanguardia y retaguardia.
- Limitación de las técnicas defensivas.
- Gran capacidad ofensiva con reducido número de armas.
- Gran vulnerabilidad de los bienes fijos o casi fijos.

Estas seis conclusiones del hecho nuclear llevan, a su vez, en el terreno militar, a dos resultados importantes:

- Primero, los criterios en que se basaba la defensa tradicional no pueden ser mantenidos, porque ni el tamaño del territorio, ni la localización, ni la naturaleza del suelo, ni el relieve, ni los océanos considerados como glaciares, ni las condiciones atmosféricas, ni la hidrografía, desempeñarían ningún papel si las armas nucleares llegasen a emplearse. Los grandes entes políticos han perdido con ello sus principales ventajas geoestratégicas y militares. La transformación de la fórmula tradicional de potencia por unidad de fuego ha esquematizado la brutal reducción del número de vectores y la cantidad de población de un Estado cuenta muchísimo menos que la calidad técnica; el aparato de la industria pesada no tiene significado en cuanto al armamento nuclear. Así, los atributos esenciales del poder tradicional, población, acero, extensión, posición..., no son indispensables para la práctica de una disuasión eficaz. Con ello, unos entes políticos pierden privilegios y otros los ganan, tendiéndose a la nivelación.
- Segundo, un sistema de defensa que nada debe a los criterios clásicos que ayer servían para determinar la potencia de las armas de un Estado es, naturalmente, muy distinto del sistema clásico tradicional. El aparato militar de la disuasión no requiere ni los efectivos, ni las armas, ni la organización, ni la logística, ni la movilización, ni los medios industriales de las Fuerzas Armadas clásicas. Todo esto supone una escala de medidas del tiempo completamente distinta entre los dos sistemas de armas. Las armas nucleares y los hombres que las sirven no conocen la diferencia entre el estado de paz y el estado de guerra. Este sistema simplifica extremadamente la estrategia y la táctica, desconoce los principios de la guerra, no permite la maniobra, ni el movimiento, ni la explotación del tiempo ni del espacio, según los términos de la estrategia clásica. Requiere, por tanto, nuevos criterios militares para asegurar su mínimo vital, o sea, su supervivencia, aunque esto no le aparte de peligros económicos y psicosociales.

Recurso a la defensa indirecta

Una de las características del vector era la precisión, y de ella se obtenían dos consecuencias: una relativa a igualación de los potenciales ofensivos, cualquiera que sea la potencia, y la otra de vulnerabilidad de los bienes a esta precisión. Asociadas a estas dos consecuencias la invulnerabilidad de las armas nucleares y la vulnerabilidad de los bienes materiales, llevan a los

Estados que practican la disuasión nuclear a hacerla recurriendo a la defensa indirecta.

Aprovechando la compacidad de las armas nucleares y sometiéndolas a un movimiento secreto permanente, transportando sus ojivas en submarinos, aviones y satélites, a través de los ámbitos internacionales, los Estados se protegen mediante un potencial de represalias exterior a su territorio. La defensa no puede ser ya de espaldas al baluarte defendido, si no azimutal y completa.

Una defensa a buen precio

La potencia de destrucción por unidad de fuego, la extrema vulnerabilidad de los bienes del Estado frente a las nuevas armas, las limitaciones de la defensa activa y la precisión de los vectores que limita su consumo, se conjugan para dar a un número relativamente pequeño de armas nucleares un papel disuasivo determinante; servidas estas armas con pocos efectivos, son, finalmente, poco costosas de poner en funcionamiento y de entretener y cada vez menos caras de fabricar.

Se puede, de este modo, conseguir a buen precio una cierta forma de defensa cuyos límites se han trazado, aunque desde hace años la propaganda de los sujetos estratégicos más perfectos afirma lo contrario para reforzar su monopolio y desanimar a otros entes políticos, tratando de confundir a la opinión pública con cifras falseadas y asociando las nuevas armas a las fortunas nacionales más grandes.

Las inversiones necesarias para la creación de un sistema de armas nucleares no absorbe más que una parte pequeña del presupuesto militar, puesto que no es necesaria una acumulación de medios sin justificación, ya que es suficiente destruir un objetivo una sola vez. La acumulación de que hacen gala algunos sujetos estratégicos tiene por objeto hacer creer que sólo ellos son capaces de obtenerlas para reforzar su monopolio y mantener sus privilegios. Se trata de un fraude a la ignorancia o de un apoyo a intereses creados extranacionales.

Resultados de orden estratégico

El hecho técnico nuclear ha tenido unos resultados de orden militar. Estos resultados son ahora causa de unos efectos de orden estratégico que pasamos a resumir.

Principios de la disuasión

La disuasión se basa, ante todo, en un factor material: hay que tener una gran potencia de destrucción, una buena precisión y una excelente capacidad de penetración. Este factor material se complica singularmente si se toman en consideración algunas hipótesis sobre las decisiones que adoptará cada uno de los antagonistas. De este diálogo se han obtenido una serie de conclusiones llamadas principios de la disuasión que, a diferencia con los principios clásicos de la guerra, no se basan en la experiencia real. Son los siguientes:

- La capacidad de destrucción suficiente, que desde un punto de vista psicológico ha sido objeto de apreciaciones muy diversas que se esquematizan en dos tácticas contrapuesta llamadas contra-fuerzas y contra-ciudades. El que juega la carta contra-ciudades cree en el valor absoluto de la disuasión que lleva a cabo; el que se decide por la táctica contra-fuerzas duda del valor de la disuasión, con lo cual acrecienta su capacidad de disuasión.
- La capacidad de supervivencia a un ataque inicial enemigo está totalmente ligada al valor de la disuasión, no dependiendo ésta de la fuerza en sí, sino de su capacidad de réplica. Los términos de la ecuación que refleja los resultados obtenidos por la primera andanada adversa y por la réplica, dependerá del valor relativo de las tácticas de supervivencia de ambas partes, y estos resultados se hacen cada vez más conjeturables.
- La credibilidad consiste en dar un fundamento racional al desencadenamiento del conflicto nuclear que le preste una buena verosimilitud. La credibilidad no sólo es resultante de la ecuación capacidad de destrucción-capacidad de represalia, sino también de la comparación entre el riesgo y el objetivo perseguido. No tiene el mismo valor Suiza para los suizos que para la URSS; para los primeros es cuestión de supervivencia; para los segundos es un objetivo que no vale tanto como Rusia. Señalemos que el juego es bilateral y que credibilidades opuestas tienden a nularse.
- La irracionalidad es un grado de persuasión; corresponde a un juego psicológico cuya influencia puede rebasar todos los cálculos deducidos del factor material. Y es que el elemento decisivo se asienta en la voluntad de desencadenar el cataclismo: el hacer creer que se tiene esa voluntad es más importante que todo lo demás. Sólo desde esta perspectiva seríamos capaces de entender las locuras de Jruschov poniendo el zapato encima de su mesa en la ONU. Todo ello desemboca

en una dialéctica muy sutil: si tenemos que vérnoslas con un loco, no debemos acosarle demasiado.

- La incertidumbre es, a fin de cuentas, el factor esencial de la disuasión. Debe ser objeto de una táctica particular cuya finalidad es mantenerla o incrementarla. Es preciso sembrar dudas respecto de todos los elementos que permitirían valorar nuestras verdaderas intenciones: hay que hacer variar constantemente la idea de que se haga el contrario de nuestra idea sobre sus medios y de su voluntad de emplearlos.

Disuasiones complementarias

Los medios nucleares, avalados por la incertidumbre, crean un cierto grado de disuasión, que raramente puede ser absoluto si los dos antagonistas disponen del mismo tipo de armas. Existe, por tanto, un margen de disuasión o grado de libertad de acción en cada uno de los adversarios, que se sitúa en el marco de las acciones menores, periféricas, e incluso limitadas, cuyo valor se revelaría insuficiente para justificar la ejecución de amenazas de guerra generalizada.

La consecuencia de esta situación, conjetural por supuesto, lleva a considerar un nuevo ámbito de la estrategia de disuasión, que habrá de tener por objetivo el completar el efecto de disuasión de la amenaza nuclear estratégica con otros medios, a fin de reducir y, si es posible, suprimir todo margen de libertad de acción para el adversario e incrementar el propio. Para lograr este resultado de disuasión se dispone de dos procedimientos:

- El armamento clásico táctico presenta al adversario un sistema de fuerzas militares capaz de hacer fracasar las operaciones que pudiera iniciar, merced de su probable margen de libertad de acción. Es ésta la razón de ser de los escudos protectores de fuerzas clásicas tácticas, aeroterrestrenavales y de las fuerzas de intervención inmediata capacitadas para trasladarse a las regiones amenazadas.
- La amenaza de espiral nuclear, de carácter psicológico, consiste en establecer y mantener un riesgo de desencadenamiento de las represalias si se produjera un conflicto local. Esta amenaza restablece cierto grado de incertidumbre respecto a la importancia de los objetivos, incluso cuando éstos parecen inicialmente limitados. Las armas nucleares tácticas desempeñan un papel importante en el ámbito de la disuasión.

Disuasión completa

Para lograr una disuasión cuasi completa es necesario disponer de unas fuerzas nucleares estratégicas ofensivas para la defensa de lo absolutamente

vital, la supervivencia; disuaden de un conflicto nuclear generalizado. Las fuerzas nucleares tácticas y las aeroterrestrenavales para la defensa de áreas vitales con recursos económicos de carácter estratégico, disuaden de un conflicto limitado, pues su anulación podría provocar la espiral nuclear.

Conflictos limitados

Pese a todos los esfuerzos de la disuasión, no se puede asegurar que la guerra no estallará ¿Cuál será entonces la estrategia de la guerra en la era nuclear? Abandonado el criterio de la réplica con represalias masivas por las naciones-potencia, pero no por las naciones-defensa, la nueva estrategia sería la respuesta flexible.

La originalidad de esta estrategia es que combina la lucha militar local con la disuasión general para mantener el conflicto dentro de ciertos límites, conservando gran parte del valor de la disuasión general. Si no se producen errores y los objetivos son muy limitados, el conflicto puede resolverse sin espiral nuclear.

En este juego peligroso, pero inevitable, la guerra se asemeja a una escalera con numerosos peldaños-incidentes, conflictos clásicos, conflictos nucleares tácticos, guerra estratégica limitada y guerra total, y se confía en que, de desencadenarse la prueba de fuerza, todo se resolvería en alguno de los niveles bajos o intermedios. Esta estrategia plantea dos grandes objeciones:

- Las naciones amenazadas con ser teatro de operaciones de esos conflictos limitados, la idea de desempeñar el papel de campo de batalla ajeno no debe resultarles atractiva ¿No se menospreciará su seguridad en beneficio de zonas reservadas que hubieran permitido dispersar los esfuerzos del adversario?
- La segunda objeción se refiere a la disuasión. Aceptar el conflicto limitado, ¿No es ya una invitación para llevarlo a cabo, o sea, un aflojamiento de la disuasión? Y de estallar el conflicto, ¿No se verán aumentados los riesgos de espiral nuclear? Hay una cierta parte de verdad en ambas objeciones, pero no existe el contrasentido. Es exacto que hay una contradicción entre los medios de la estrategia de la disuasión, amenaza de espiral nuclear y los de la estrategia de la guerra limitada. Pero esta contradicción no es simultánea, puesto que la estrategia de la disuasión se lleva a cabo antes que la estrategia de la guerra limitada y, además, ambas contribuyen a dar cuerpo a los factores de irracionalidad e incertidumbre.

Hay que pensar que los conflictos violentos de la era nuclear deben limitarse, normalmente, a dos tipos de guerra:

- En las zonas sensibles, acciones limitadas, acaso violentas, pero breves y tendentes a crear un hecho consumado, inmediatamente seguido de negociaciones. Son los campos de acción de la estrategia directa, desarrollada por las naciones-potencia y defensa.
- En las zonas marginales, conflictos prolongados de desgaste, pero relativamente poco intensos y con carácter clásico y/o revolucionario. Son áreas de aplicación de la estrategia indirecta de las naciones-potencia y naciones-defensa, en las cuales los entes políticos que la sufren son las naciones-objeto, o también naciones-felpudo, que creen desarrollar su propia estrategia, cuando lo que realmente ocurre es que están siendo objeto de la estrategia global de los sujetos estratégicos nucleares.

Resultados de orden político

Se trata ahora de abordar la etapa en la que han de examinarse las consecuencias del arma nuclear y, en términos más generales, de la disuasión nuclear sobre la política mundial. Evidentemente es la más difícil y el análisis que se hace no es sino un esbozo destinado a mostrar la aplicación del razonamiento estratégico a la perspectiva política actual del Mundo. En los puntos anteriores se han expuesto algunas conclusiones dispersas; se trata ahora de recogerlas y presentar un cuadro conjunto.

Nueva tipología de los Estados-Nación

La monovalencia militar de los sistemas de armas nuclear y clásico, ha tenido como primer resultado de orden político la jerarquización de tres tipos de Estados diferentes:

- Estados-potencia, de la dinámica global o intercontinental, con dos sistemas militares de armas, clásico y nuclear, que suman sus capacidades, pero conservando cada uno un papel distinto. Esta jerarquía corresponde a Estados-Nación con grandes recursos. El sistema militar de armas nucleares garantiza, frente a otras potencias nucleares, la seguridad del territorio nacional y de su escudo protector, formado por naciones satélites. Santuarios y satélites son consecuencia del advenimiento nuclear. Es evidente que no pueden ser amenazados sin correrse el enorme riesgo de poner en marcha un formidable poder de aniquilamiento. El sistema militar de armas clásico de estos potentes Estados sólo es utilizable para la defensa o para la adquisición de intereses marginales, con respecto a los del territorio nacional y de su

escudo protector, en conflictos denominados limitados o locales en los que cabría perder sin poner en peligro la vida nacional, pero en detrimento siempre de potencias no nucleares.

- Estados-defensa y de la dinámica estática, que, aunque capaces de dominar las técnicas del átomo militar, poseen un sistema militar nuclear reducido, pero suficiente; sin embargo, ya no disponen de recursos suficientes para mantener un sistema militar clásico potente. Su armamento nuclear les sirven para santuarizarse, pero no alcanza la satelización completa. La debilidad de un sistema militar clásico les permite asomarse al exterior sólo a un nivel regional o continental, pero no global.
- Estados-dependencia, más o menos matizada, según las situaciones que apenas si llegan a alcanzar el nivel de Estado-Nación, puesto que su soberanía está tan disminuida que casi desaparece en ellos la noción de aquel concepto. Son los entes políticos dotados de un sistema militar clásico endeble que no puede garantizar la supervivencia de lo vital frente a otros sujetos nucleares. Estos entes políticos son el felpudo donde los Estados-potencia y aun los Estados-defensa se limpian lo zapatos. Unos alardean de una neutralidad que saben imposible, otros se alinean bajo una u otra bandera y otros dirigen litigios ajenos a sus intereses.

Política de disuasión y disuasión proporcionada

El segundo resultado militar del hecho nuclear era el riesgo desmedido y su resultado político es la política de disuasión. De hecho, la disuasión resulta de dos comprobaciones de orden puramente militar: la vulnerabilidad de los bienes del Estado a los proyectiles nucleares y la incapacidad defensiva para detener la agresión una vez lanzada.

El conflicto con el empleo de la fuerza, si ha fracasado la negociación, ya no es posible como antaño, es inadmisibles fiarlo todo a la suerte de las armas. Lo decisivo es hacer imposible el recurso a la fuerza nuclear y esto sólo se consigue entre fuerzas nucleares rivales por medio de la disuasión.

La política de disuasión consiste, por lo tanto, en disponer de un aparato de represalia semejante en naturaleza, ya que no en cantidad, al del bando contrario, en proteger constantemente ese potencial contra la destrucción preventiva y en hacer saber que en caso de una amenaza directa a los intereses vitales del Estado, habrían represalias que podían ser más dañinas para el agresor que las compensaciones que pudiera obtener con una guerra victoriosa.

Hasta ahora, en las escasas situaciones brindadas por las vicisitudes de la vida internacional, en las que el proceso de disuasión ha parecido desempeñar un papel, tanto los arsenales en presencia como los objetivos perseguidos por cada bando eran muy distintos. Pese a la aparente aplastante superioridad de uno de los contendientes, una cierta forma de disuasión proporcionada, puede mostrarse eficaz.

En la crisis de Cuba, los arsenales americano y ruso se encontraban en relación de veinte a uno a favor de los americanos. No obstante, la URSS retiró los misiles, pero alcanzó su objetivo final de mantener a Castro en esa isla del Caribe. Para alcanzar la nivelación de poderes de disuasión no es necesario alcanzar el mismo nivel de fuerzas.

Defensa de lo vital

Ante el resultado militar de la irracionalidad de la guerra nuclear muchos se preguntarán, ¿Para qué sirven entonces las armas nucleares si no pueden ser utilizadas en la guerra? El potencial militar siempre ha servido para ser empleado en caso necesario. Si su empleo queda excluido, ¿Para qué fabricarlas?

Estas preguntas se hacen porque se consideran las armas nucleares más potentes que las clásicas, pero sin que exista discontinuidad estratégico-política entre los dos sistemas. Sin embargo, la diferencia abismal entre esas opiniones y la realidad es evidente. Las armas nucleares, por los daños que ocasionarían y que con razón se les acredita, sólo conservarán un valor disuasivo frente al ataque de lo absolutamente vital de un Estado, si se viese directamente amenazado por otro Estado.

Corolario obligado de lo que precede es que el átomo no puede ser el arma nuclear de una coalición si el adversario dispone también de estas armas. Hay una antinomia entre la preocupación por lo vital y los riesgos aceptados por una coalición, ya que los intereses de cada uno de los aliados sólo son vitales para cada uno de ellos en particular por definición. Son tres los puntos que coinciden en un mismo aserto, es decir, la limitación de las alianzas militares.

Limitación de alianzas político-militares

Políticamente, la escalada, resultado militar, tiene importantes consecuencias. La escalada, como sabemos, se produce al aparecer las armas nucleares de baja potencia, las kilotónicas, al eliminar la discontinuidad que existía entre el armamento clásico y el nuclear megatónico.

En esta situación, el umbral crítico se ha rebajado de nivel, aumentando el peligro de guerra generalizada, que si antes pasaba por cuatro fases previas —revueltas, conflicto limitado, conflicto grave y guerra generalizada—, con el arma nuclear de baja potencia sólo tiene dos, revuelta y conflicto limitado, pues al principio del conflicto grave es previsible el empleo de las nuevas armas.

Al rebajarse el umbral crítico, el sujeto estratégico nuclear que sea el eje alrededor del cual giran entes políticos menores, puede considerar como no vital la defensa de zonas o áreas pertenecientes a sus aliados, aunque éstos sí las consideren vitales desde su perspectiva particular, ante el peligro de escalada en caso de enfrentamiento con otro sujeto estratégico nuclear.

Esta conclusión obliga a limitar las alianzas militares, puesto que ningún ente político menor puede confiar la defensa de lo vital a un sujeto estratégico nuclear, aliándose con él para neutralizar la amenaza que supondría para ambos otro sujeto estratégico nuclear con el cual se ha establecido una hipótesis de guerra.

Statu quo forzado entre potencias nucleares

El resultado militar de la permanencia de la disuasión es lo que se ha dado en llamar la coexistencia pacífica. De hecho, es un Estado obligado, ya que no hay otra salida para uno u otro bando enfrentados que la renuncia al empleo directo de la fuerza.

La coexistencia pacífica se impone de forma evidente entre potencias nucleares. Respecto de las zonas geográficas que protegen, la obligación es aleatoria. El riesgo nuclear es tal que es difícil conseguir un Estado que acepte correrlo para otro objetivo que no sea su propia supervivencia, su soberanía, la integridad de su territorio.

Este resultado político del *statu quo* forzado, refuerza el concepto anterior de la limitación de las alianzas militares y potencia las acciones políticas, económicas y psicosociales, es decir, la estrategia indirecta, en áreas más o menos marginales, unidas a conflictos locales.

Nivelación relativa de los Estados

El resultado militar de unos nuevos criterios de defensa, que señalaban ya un determinado modelo, llevaban a un nuevo criterio militar también esquematizado allí. En el aspecto político, estos resultados confirman la tendencia a la igualación de los Estados ante los problemas de su seguridad

frente a una agresión directa que se puso de manifiesto al definir la disuasión proporcionada.

El átomo es un potente igualador en lo que se refiere a las características físicas de los Estados y a sus recursos. La fuerza de disuasión mutua entre Estados nucleares está muy lejos de ser proporcional a las fuerzas reales respectivas; así como en el terreno clásico las fuerzas son proporcionales a los medios, no ocurre lo mismo en el terreno nuclear. Esta posibilidad de igualación en la consecución de una cierta seguridad es evidentemente el elemento motor de la proliferación nuclear que trataremos más adelante.

Defensa Nacional desde espacios internacionales

La defensa indirecta, que fue un resultado militar de las consecuencias del hecho nuclear, contribuye también a modificar la jerarquía de los Estados en cuanto a su seguridad. Los sujetos estratégicos, al utilizar el espacio internacional, han enseñado el camino a otros entes políticos menores para garantizar la seguridad de sus fronteras en el ámbito internacional.

Hay aquí otro factor de igualación en cuanto al derecho de adoptar la misma política de defensa. Los Estados que tienen recursos intelectuales y materiales adecuados, aún con territorios nacionales reducidos, se encuentran al mismo nivel estratégico que los Estados más extensos, por lo menos en lo relativo a las ventajas de la disuasión. Una vez más el átomo, esta vez a causa de su compacidad, desempeña un papel igualador.

Incitación a la proliferación nuclear

La defensa a buen precio, resultado militar del estudio del hecho nuclear, tiene como consecuencia política la incitación a la proliferación nuclear. Informes tan poco dudosos como los efectuados por la ONU, demuestran que las cantidades a invertir absorberían un bajo porcentaje del presupuesto militar en cuanto a sus gastos corrientes.

Los Estados que puedan sin grandes dificultades materiales poner en pie el aparato nuclear militar, se niegan a firmar los proyectos de no proliferación dictados por los sujetos estratégicos a los entes políticos menores, arrogándose los primeros unos derechos cuyo uso niegan a los demás. La aspiración a erigir en santuarios los territorios de soberanía nacional, dejando para otros el triste privilegio de ser teatro de la rivalidad de los Estados-potencia o de los Estados-defensa, es un hecho político que sólo la incompreensión del hecho nuclear puede soslayar.

Conclusiones

La estrategia nuclear se sitúa en el plano de la estrategia total, es el modo más moderno de la estrategia general.

La estrategia nuclear ha barrido los conceptos estratégicos del siglo XIX, pero la estrategia general ha de abarcar tanto el fenómeno nuclear como las formas de la estrategia directa en los conflictos limitados y de la estrategia.

Es necesario aplicar a la defensa la potencia científica e industrial. La preparación se ha vuelto más importante que la ejecución. La prospectiva se convierte en una disciplina absolutamente vital.

Lo esencial se juega antes, en tiempos de paz. El arma nuclear, como todas las armas anteriores, se viene a añadir a las clásicas, pero sin suprimirlas. Las disuasiones complementarias así lo demuestran.

La estrategia de la disuasión tiende a reducir cada vez más el campo de libertad de acción de la fuerza, pero la existencia de un campo de libertad de acción, por pequeño que sea, confiere una gran importancia a las acciones menores que hace posible. La historia antigua cortaba la historia a golpe de batallas, como una cirugía sangrienta; la guerra nueva se asemeja al proceso de infección de la enfermedad. Su acción lenta, pero no menos dramática, no debe llevar a engaño.

Es de capital importancia volver a hallar el dominio de una medicina capaz de contener los conflictos de apariencia secundaria que explotan la fiebre de la poscolonización, la crisis de adaptación a la producción moderna, la explosión demográfica y la acción psicosocial. Es necesario reencontrarse con la estrategia indirecta, pero ésta sólo se puede desarrollar contando con un poder nuclear.

La estrategia de la disuasión puede originar una verdadera técnica de la paz. Esta técnica podría desembocar en un equilibrio estable que permitiera un control de los armamentos.

Seguramente, no habrá paz, porque la pasión de poder, junto a las fuerzas que rigen la evolución de las civilizaciones y culturas, siempre tendrán que hallar un campo de expansión para provocar las transformaciones de poder.

Se registrará el desarrollo de la guerra revolucionaria, de los conflictos endémicos, de las crisis reiteradas, del esfuerzo científico, económico y militar.

El hombre del siglo XX, obsesionado por dos guerras mundiales, puede que haya encontrado el modo de que no vuelvan, pero la lucha mantenida en tono menor por los sujetos estratégicos se habrá vuelto permanente.

La gran guerra y la verdadera paz, habrán muerto juntas en el siglo XX, con el advenimiento de la estrategia nuclear al ámbito de la estrategia global y total: la guerra sólo la sufrirán los entes políticos sin conciencia nacional o con escasos medios económicos y técnicos.